

# VIDA HUMANA Y ECOLOGÍA EN EL PENSAMIENTO DE BENEDICTO XVI

## Human Life and Ecology in the Thought of Benedict XVI

---

Víctor Ronald La Barrera Villarreal, PhD\*

### Resumen

Benedicto XVI ha demostrado poseer una conciencia bioética y ecológica. Ha expresado su preocupación por la protección de la dignidad de la vida humana y por el respeto hacia la naturaleza y el medio ambiente. A Benedicto XVI le preocupa la bioética en su sentido más global: la tierra y el ser humano han de convivir en paz y armonía. Por lo tanto, vale la pena acercarse a sus diversas intervenciones.

---

\* Doctor en Bioética por la Universidad Católica Sacro Cuore de Roma (Italia). Magíster en Consejería Psicológica por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum e Instituto Skinner de Roma (Italia). Magíster en Teología por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Vicario General de la Arquidiócesis de Trujillo. Vice Gran Canciller de la Universidad Católica de Trujillo "Benedicto XVI". Asesor de la Pastoral de Salud en la Arquidiócesis de Trujillo. El Papa Francisco nombra miembro de la Comisión Teológica Internacional para el quinquenio comprendido entre 2021-2026.

*Como citar este artículo:* La Barrera, V. (2024). Vida humana y ecología en el pensamiento de Benedicto XVI. *Revista Caritas Veritatis*, 9, 209-226.

Recibido: 03-03-2024 // Aprobado: 01-08-2024

**Palabras clave:** Benedicto XVI, bioética, ecología, vida humana y dignidad.

## **Abstract**

Benedict XVI has shown an awareness of bioethical and ecological issues. He has expressed concern for the protection of human dignity and respect for nature and the environment. Benedict XVI's focus on bioethics is comprehensive: the earth and humanity must coexist in peace and harmony. Therefore, it is worth examining his various interventions.

**Keywords:** Benedict XVI, bioethics, ecology, human life and dignity.

## **Introducción**

El Papa emérito advierte en su pontificado de los peligros y amenazas que vienen planteando el progreso científico y las biotecnologías actuales, cuando estos se desvinculan de la ética más elemental. La ciencia y la técnica, sin la ética son peligrosas. Por esta razón, desea ser un portavoz y un promotor del respeto por la naturaleza y por la persona humana, imagen de Dios, culmen y centro de la creación, principio y fin de la sociedad.

En este sentido, para Benedicto XVI la trascendencia de la ecología resulta indiscutible y no solo respeta, sino que aplaude las iniciativas dirigidas a salvaguardar la integridad y equilibrio de la naturaleza y sus especies. Lo reconoce como un avance social que supone un importante desarrollo para la sociedad actual y futura. Pero al mismo tiempo, sitúa, como condición de eficacia de esas

políticas ecologistas, la ecología del hombre y es entonces cuando pone el dedo en la llaga.

La persona se encuentra en el centro de la naturaleza, de toda la creación divina. Por eso el respeto a la persona será el primer paso en el cuidado del medio ambiente. Los derechos de ambos son intangibles, pero todo se inicia por la persona. En este sentido, al ser imagen de Dios, la persona será única e irrepetible, digna de ser respetada y amada. Benedicto XVI ha expresado que, para lograr un eficaz respeto mutuo entre los miembros de la familia humana y la naturaleza que los acoge, ha de operarse una reconciliación de la ciencia y la técnica con la ética, de la razón con la fe, de racionalidad secular y creencias religiosas. El futuro de la humanidad y en primer lugar el futuro de la dignidad de la vida humana está garantizado con esa armonía, pero la ruptura de este diálogo comporta un costo muy gravoso para el desarrollo y la supervivencia de la humanidad.

La armonía entre la vida humana y ecología es algo muy importante para el desarrollo de la persona y de la sociedad, ya que la persona necesita de un ambiente saludable para que crezca y se desarrolle, pero es la misma persona la que tiene que mantener el ambiente saludable.

La vida de los demás seres vivientes —animales, plantas y microorganismos—, tiene un gran valor, pero no se trata de un valor opuesto al de la persona; por el contrario, el valor de la vida de los otros seres vivientes adquiere su pleno sentido sólo si se pone en relación armónica con la vida de la persona humana. Es por lo anterior, que la ecología física, que protege y perfecciona las condiciones materiales del medio ambiente, debe orientarse a la ecología humana, que busca lograr un ambiente natural

y humano adecuado a la dignidad del hombre actual y de las generaciones futuras. En consecuencia, la medida y el criterio de fondo del horizonte ecológico a nivel regional y mundial deben ser la perfección de la persona en cuanto persona en todas sus dimensiones.

El hecho de otorgar a la persona el valor principal, lejos de implicar un perjuicio para la naturaleza, es el fundamento de su verdadera valoración. Si falta el sentido del valor de la persona y de la vida humana, aumenta el desinterés por los demás y por la tierra.

## **1. Diálogo entre fe y razón**

En distintos momentos de su pontificado, Benedicto XVI ha advertido de los riesgos y amenazas actuales que proceden de la separación radical entre fe y razón. Amenazas para la propia dignidad y sostenibilidad de la naturaleza ambiental sometida en un progreso explotador sin control. Amenazas para la vida humana cuando se hace ciencia experimental sin ética. Y, por último, amenazas también cuando el sentimiento religioso y la fe se desvinculan de la razón, última escisión que ha contribuido a nuevos atentados contra la vida como consecuencia de violentos fanatismos religiosos.

Benedicto XVI anuncia sin cansancio que es urgente y necesario una conciliación purificativa entre esos dos mundos (fe y razón) para que el hombre deje de ser un peligro para la humanidad y un agresor de la naturaleza y afirma que:

Ante estos problemas tan dramáticos, razón y fe se ayudan mutuamente. Sólo juntas salvarán al hombre. Atraída por el puro quehacer técnico, la

razón sin la fe se ve avocada a perderse en la ilusión de su propia omnipotencia. La fe sin la razón corre el riesgo de alejarse de la vida concreta de las personas. (Benedicto XVI, 2009)

Su famoso discurso de Ratisbona está centrado particularmente en este propósito:

La ética de la investigación científica debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, expresar una actitud que forma parte de los rasgos esenciales del espíritu cristiano. La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros que surgen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir sus horizontes en toda su amplitud. (Benedicto XVI, 2006a, p. 3)

El diálogo fe y razón que propone Benedicto XVI es un diálogo enriquecedor para ambas partes, que en definitiva buscan y persiguen el mismo fin: la verdad, la verdad sobre las cosas, la verdad sobre el hombre. Simultáneamente la acción conjunta entre fe y razón puede encontrar y mostrar de modo más completo el bien para el hombre. Ciencia y teología deben concurrir en un espacio de colaboración al servicio del hombre y aportarse mutuamente razones que logren una síntesis orientadora y de sentido que evite los peligros de sectorizar el saber.

Especialmente para la bioética, y concretamente para la resolución de determinados conflictos en los que se decide sobre la vida humana, resulta decisiva la reciprocidad de conocimientos. Es decir, que la ciencia empírica se abra a la incorporación de aspectos de la realidad humana, que ella no puede alcanzar porque están más allá de lo físico, y viceversa, que la fe asuma la valiosa información que le puede proporcionar el estudio científico de la realidad física y biológica. Esta doble apertura reconstruye eficazmente la comunicación entre ciencia y fe, entre razón y creencias. Evita la reducción de lo religioso a un ámbito meramente experiencial y privado, impidiendo el aislamiento de las decisiones éticas en un subjetivismo individual de la conciencia. Y, al mismo tiempo, limita eficazmente la constante tentación de la ciencia de erigirse en el exclusivo intérprete de la realidad.

Obviamente, a la fe religiosa no le compete legislar normas concretas que rijan la vida pública y política ni tampoco intervenir en el ámbito de la ciencia médica como tal. Pero, en cambio, sí que puede contribuir al orden social aportando principios morales objetivos que constituyen verdades pre-políticas que han de estar en la base del comportamiento humano. La fe es racional y por esta característica que la define está capacitada para hablar con la ciencia y los científicos. Con la ayuda de la ciencia, la fe desvela al hombre y a la misma ciencia una racionalidad creadora que está en el origen del orden existente en el cosmos, un orden que no es producto del hombre (Benedicto XVI, 2006b)

Por otra parte, resultan esperanzadores y asombrosos los descubrimientos y avances de la ciencia que han

aumentado las posibilidades del desarrollo y conocimiento humanos. La razón científica, al estudiar la estructura racional de la materia de modo riguroso, proporciona un conocimiento más detallado de la realidad física y biológica. Aporta datos que refuerzan y ayudan a que posteriormente desde la filosofía y la teología se pueda deducir y fortalecer aún más la dignidad de los individuos de la especie humana.

El estudio científicamente exhaustivo sobre el origen de la vida humana, el estatuto biológico del embrión, la estructura de su genoma y el patrimonio genético, etc., conducen en un primer nivel físico al reconocimiento indiscutible de una vida, la demostración de la existencia de un organismo vivo que es humano. Al mismo tiempo, la contemplación de la belleza de esa naturaleza viva, el patente orden presente en sus estructuras, así como la vitalidad activada desde el primer momento nos remiten no a un azar ciego e incomprensible, sino más bien a una Razón creadora que ha intervenido admirablemente en su origen y desarrollo (Benedicto XVI, 2008a).

En definitiva, Benedicto XVI está convencido de los sustanciosos frutos que pueden brotar de un continuado diálogo entre fe y razón. Ve ahí un camino próspero y prometedor para lograr una renovación ética en el campo de la bioética y de las ciencias biomédicas que tendría como consecuencia la consolidación del compromiso por respetar y defender la vida humana desde su inicio hasta su fin. Juntas, fe y razón, auguran un cambio de mentalidad en la relación del hombre con la creación y la naturaleza, respetándola y haciendo un uso racional de ella que no comprometa a las futuras generaciones de la humanidad.

## 2. La sacralidad de la vida humana

Los asaltos perpetrados contra la vida humana a través del aborto, así como los avances científicos y de la técnica que han logrado reproducir artificialmente al hombre niegan en su raíz la verdad profunda de que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. No aceptan que cada hombre sea una criatura divina perteneciente a Él, una criatura que no se ha dado el ser a sí mismo y que, por tanto, no es su propio creador. La negación de esa verdad, es decir, la afirmación de que el hombre es un producto de sí mismo que tiene el control sobre la vida tiene una consecuencia directa: rechazar el carácter sagrado de la vida humana anulando de este modo la fundamentación última de la dignidad del hombre.

Bajo esta negación subyace la exaltación del poder de la ciencia que obvia la existencia de un conocimiento desde la fe o desde la religión que aporte alguna verdad sobre el hombre y que limite moralmente su intervención sobre él. En el eclipse sobre el origen sagrado de la vida humana, así como en la anulación de la trascendencia del acto conyugal por el que los esposos cooperan con el poder creador de Dios, de nuevo está presente la escisión moderna del diálogo entre ciencia y fe.

Benedicto XVI, en sus intervenciones sobre la vida humana fijará desde el inicio un criterio moral clave para tener en cuenta en toda actuación biomédica, criterio que consiste en el reconocimiento de la verdad del origen divino del hombre, imagen de Dios, que le hace ser la criatura más excelsa y digna de la creación, dada la sacralidad de su vida (Benedicto XVI, 2008b). Este principio teológico ha de tener como consecuencia el respeto incondicional de la vida de todo ser humano desde el

momento de su concepción hasta la muerte natural. Como señala el Papa emérito, “la creación del hombre a imagen de Dios comporta la inviolable dignidad de la persona humana” (Benedicto XVI, 2009, p. 4) que debe ser tratada como fin en sí misma y nunca como medio.

La extracción y publicación de esta intrínseca verdad humana necesita de las aportaciones de la metafísica y de la teología, que iluminarán y reforzarán positivamente los fundamentos y principios de la bioética que no deben eludir esa esencial característica del ser humano. Advierte Benedicto XVI que: “El campo de la bioética es un ámbito delicado y decisivo donde se plantea con toda su fuerza dramática la cuestión fundamental: si el hombre es un producto de sí mismo o si depende de Dios” (Benedicto XVI, 2009, p. 9). Por tanto, resulta decisivo que la bioética en sus argumentaciones atienda este presupuesto teológico, que afecta a la razón última de la dignidad del hombre, y lo incorpore en el centro de las investigaciones científicas.

La perspectiva teológica propuesta por el Papa es idónea para poder comprender con rigor quién es el hombre. En cambio, la ausencia de esta perspectiva desvelaría una postura atea que reduciría al hombre a un átomo sin sentido, es decir, a un tipo de ser incomprensible, perdido en el universo. La vida humana sin Dios no cuadra, no tiene explicación, se convierte en algo irracional. Sin embargo, la consideración del hombre a partir de su origen divino, como una creación personal de Dios y, por consiguiente, querido y amado por sí mismo, le permitiría encontrar el verdadero sentido de lo humano, incluyendo su específico sentido trascendente. El hombre ha de concebirse como un don y no como el resultado azaroso de un acto de autogeneración.

Si es don, es consciente de que su vida no le pertenece, de que no depende de sí mismo. Comprende su existencia como un regalo, como gratuidad por parte de Dios. Goza de este modo de una mayor facilidad para abrirse a lo trascendente con gratitud, y así, en unión con esa elevada dimensión, ir desarrollando y completando su existencia, logrando al mismo tiempo el sentido de su vida. En cambio, si se concibe a sí mismo como un producto de sí mismo, se deshumaniza porque acaba convirtiéndose en “cosa”, en un simple objeto que hoy puedo tomar y mañana desechar, que puedo manipular y experimentar a mi antojo. La vida es un don de Dios que no puede negarse a nadie, y nadie puede quedar excluido de esa gracia por carecer de determinadas cualidades físicas o intelectuales. Nadie, ningún poder humano puede atribuirse la propiedad de la vida humana, convirtiéndose en el dueño y señor de su propia vida y de la de los demás, por débiles, indefensos y dependientes que estos sean (Benedicto XVI, 2010).

Para Benedicto XVI, cada ser humano es una epifanía de Dios, una manifestación divina, centro y ámbito donde Dios se hace especialmente presente, donde se da a conocer y al mismo tiempo quiere ser reconocido. Cada vez que surge una nueva vida se percibe la potencia de la acción creadora de Dios. En cada nuevo ser humano, Dios se entretiene y actúa de forma personal y misteriosa. Cada vida es sagrada y, por eso, protegida y querida por Dios, porque es creación y propiedad suya y a Él hace referencia. Es un ámbito donde lo divino se desvela, un territorio santificado por Dios. Y, dado este carácter sagrado, cualquier ultraje a la vida humana supone una grave ofensa al Creador.

Al mismo tiempo, esa sublime dignidad humana asociada a su origen se refuerza y se completa por el destino último

al que está llamado cada hombre, es decir, Dios mismo: la eternidad (Benedicto XVI, 2008c). El hombre ha sido creado por Dios y para Dios, es su principio y su fin, su origen y también su meta. En su naturaleza está escrita tendencia natural y racional hacia su Creador que lo atrae hacia sí. De esta forma, su vida se va desarrollando como respuesta a un Dios que le llama a la unión definitiva con Él, a la felicidad eterna y a la plenitud de Vida, a una vida lograda en su sentido más profundo. Esta específica orientación de la vida del hombre hacia ese fin que le sobrepasa amplía la magnitud de su dignidad: “es al mismo tiempo un don de Dios y la promesa de un porvenir” (Benedicto XVI, 2008).

En conclusión, si Dios queda excluido del mismo origen de la vida y del sentido de ésta, el ser humano se reduciría a un producto de la evolución de la materia, un ejemplar más perdido en la naturaleza animal, sin posibilidad de sorprenderse de su especial dignidad. En cambio, una concepción de la vida y del mundo a partir de Dios facilitaría que la persona humana pudiera descubrir y maravillarse de su valor infinito. De este modo, al contemplarse a sí mismo con ese respeto trascendente, sabiéndose imagen de Dios, estaría más capacitada para reconocer esa incondicional y sagrada dignidad en el resto de los miembros de la familia humana.

### **3. Crisis ecológica**

Los avances de las nuevas tecnologías –con sus correspondientes aplicaciones industriales– han facilitado en estos años procesos más productivos y eficaces en el aprovechamiento de los recursos naturales. Además, como afirma Benedicto XVI, la misma técnica se pone al servicio del hombre porque manifiesta el dominio del

espíritu sobre la materia y de este modo: “la técnica se inserta en el mandato de cultivar y custodiar la tierra que Dios había confiado al hombre” (Benedicto XVI, 2009). Pero, en muchas ocasiones, lo que ha prevalecido es justamente lo contrario. Y esto ha sucedido cuando en ese nuevo imaginario tecnológico se han obviado los límites éticos. Como consecuencia, han sido numerosas las acciones dañinas llevadas a cabo sobre la tierra y sus recursos, poniendo en riesgo de colapso los distintos ecosistemas naturales. La modernidad tecnológica ha incurrido en una profunda contradicción porque con el mismo progreso en el conocimiento del mundo por el cual hemos descubierto su funcionamiento, con ese mismo poder lo hemos destruido. La búsqueda acelerada e ilimitada del progreso, junto a la cultura del despilfarro, ha empujado a las tecnologías industriales a descargar sin control sus programas de manipulación sobre la naturaleza ambiental. En muchos países se ha explotado la naturaleza de modo insostenible, dejándola diezmada bajo el dominio subyugador de la técnica.

Y la causa principal de esta crisis ambiental vuelve a emerger por los mismos canales por los que afloró la crisis de la naturaleza humana: saltarse las condiciones y finalidades inscritas en la naturaleza y en su funcionamiento, considerando a la naturaleza al igual que al hombre “fruto del azar y del determinismo evolutivo” (Benedicto XVI, 2009, p. 11). En definitiva, que la tierra reducida a elementos materiales y a un conjunto de simples datos fácticos se convierte en un laboratorio al aire libre donde poder experimentar sin control. La conclusión es que la gramática tecnificadora desplegada en la naturaleza oscurece y termina anulando el valor de su dignidad. Altera su lenguaje y su finalidad intrínseca y deja el camino expedito para su arbitraria explotación.

Además, si ya se ha desposeído de su sublime dignidad a la mejor de sus especies, el hombre, por la misma lógica, ¿qué razones habría para mantenerla o reconocerla en la desnuda y pobre tierra que lo alberga? Benedicto XVI como siempre es sintético: “En nuestras relaciones con la naturaleza existe algo que no funciona: que la materia no es solamente un material para nuestro uso, sino que la tierra tiene en sí misma su dignidad y nosotros debemos seguir sus indicaciones” (Benedicto XVI, 2011, p. 3).

Frente a ese antropocentrismo tecnocrático, la reacción ecologista se presenta inicialmente como bondadosa y efectiva, aunque no está libre de radicalizarse, como de hecho ha sucedido. Si no hay una visión trascendente que considere a la naturaleza como una creación de Dios al servicio del hombre y si este no la respeta y la cuida inteligentemente, entonces puede aparecer la peor cara del ecologismo, su vertiente más extremista: la ecología profunda. La ecología radical dictamina convertir a la naturaleza en un tabú intocable, la sacraliza hasta el punto de elevar su protección por encima de la del hombre.

Por este motivo, el Papa emérito se ve en la obligación de recordar que:

La naturaleza está a nuestra disposición no como un montón de desechos esparcidos al azar, sino como un don del Creador que ha diseñado sus estructuras intrínsecas para que el hombre descubra las orientaciones que se deben seguir para guardarla y cultivarla. Pero se ha de subrayar que es contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que la persona humana misma (Benedicto XVI, 2009, p. 3).

Para Benedicto XVI la trascendencia de la ecología resulta indiscutible, y no solo respeta, sino que aplaude las iniciativas dirigidas a salvaguardar la dignidad de la naturaleza y sus especies. Lo reconoce como un avance social que supone un importante desarrollo para la sociedad actual y futura. Pero, al mismo tiempo, sitúa, como condición de eficacia de esas políticas ecologistas, la ecología del hombre y es entonces cuando pone el dedo en la llaga. Lo que quiere decir, y lo dice en *Caritas in veritate*, no lo puede decir con más claridad. Saca a relucir que saltarse los principios bioéticos elementales que respetan la vida humana pervierte el orden ecológico:

Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas (Benedicto XVI, 2009, p. 3).

Es decir, resulta del todo inviable, incluso pedagógicamente, exigir a la sociedad y a sus ciudadanos hábitos ecológicos que respeten el medio ambiente y sus especies, hasta el extremo de sacralizarlas, y, al mismo tiempo, aprobar leyes que acaben con vidas humanas o adoptar políticas generadoras de conflictos bélicos que enfrentan a pueblos y culturas. Abortos y guerras siguen siendo indiscutiblemente las principales causas de muertes inevitables de humanos y constituyen al mismo tiempo las prácticas que más profundamente dañan a la

naturaleza, a sus recursos y a la mejor de sus especies: “es una grave antinomia de la mentalidad y praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad” (Benedicto XVI, 2009, p. 3).

Por tanto, la primera lección de ecología se la ha de dar el hombre a sí mismo y a los que conviven a su alrededor. El primer deber de la educación ecológica es que el hombre no se destruya. Para respetar la tierra no solo es suficiente convocar manifestaciones aparatosas. Tiene mayor alcance convocar a la conciencia humana para que esta mueva al hombre a tomar decisiones morales ecologistas que en primer lugar respeten su vida. De ahí que concluya Benedicto XVI que “cuando se respeta la ecología humana en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia” (Benedicto XVI, 2009, p. 3). ¿Quién cuidará con sostenibilidad y respeto de la naturaleza si elimino a la especie elegida, inteligente, la mejor preparada para esta misión? ¿Cómo respetar la dignidad de la naturaleza sin respetar los derechos más fundamentales de los hombres? Es un desorden ético que produce cortacircuitos ecológicos y cuya víctima final es la misma naturaleza, la tierra, aquella que se deseaba proteger a ultranza pero que acaba igualmente degradada.

Dicho sencillamente, la estrategia bioética que diseña Benedicto XVI no puede ser más clara: salvar al hombre, al ecosistema humano, para salvar a la naturaleza y al resto de especies. Está convencido de que el respeto incondicional de la vida humana es el mejor de los caminos para proteger al resto de seres vivos y su entorno. Pero, de nuevo, esta estrategia solo es viable si se acepta y se reconoce en primer lugar la racionalidad de la naturaleza humana y su fin moral.

## Conclusiones

Es una realidad que vivimos cada día, nuestro planeta se va deteriorando más y más, son muchas las voces que se levantan, pero son como una voz que clama en el desierto, pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados, se han hecho diversos estudios como hemos presentado en los antecedentes y después del llamado de Benedicto XVI, ha resonado el llamado de Francisco, sobre todo en su Carta Encíclica *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común.

Benedicto XVI, para salvar la casa común apuesta por el diálogo, diálogo que debe darse entre la fe y la razón, una no puede caminar sin la otra y como lo dijo en su encíclica *Fides et ratio*, la fe y la razón son como dos alas para volar y conocer la verdad.

Para esto, Benedicto parte de la vida humana, una vida creada a imagen y semejanza de Dios, esto le da al hombre dignidad y derechos, pero también deberes y en este hombre Dios ha puesto su confianza, para que todo lo que Él ha creado el hombre lo cuide.

El avance de la ciencia y de la técnica viene ayudando al hombre para que cumpla con la misión que Dios le ha encomendado, pero cuando se da una separación entre la fe y la razón, la ciencia y la técnica no tienen en cuenta los valores fundamentales de la vida humana, buscan su propio interés sin importarles los demás y no sólo destruyen el medio ambiente sino también la vida humana.

Es por eso que en muchos de sus discursos y escritos Benedicto XVI llama la atención del respeto que se debe tener por la vida humana y por el medio ambiente, pues

el hombre crece y se desarrolla, madura y se realiza en un ambiente sano y saludable.

Es el diálogo entre la fe y la razón la que nos lleva a reconocer la sacralidad de la vida, a respetar la dignidad de la persona y cuidar del medio ambiente donde la persona vive.

Todos tenemos que unirnos y caminar en una misma dirección para que la crisis ecológica que vivimos la podamos superar, como nos enseña Benedicto XVI a través del diálogo.

## Referencias

Benedicto XVI. (2006a). *Discurso en la Universidad de Ratibona*,. [http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2006/september/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20060912\\_university-regensburg.html](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2006/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20060912_university-regensburg.html).

Benedicto XVI. (2006b). *Homilía en Isling*. [http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2006/documents/hf\\_ben-xvi\\_hom\\_20060912\\_regensburg.html](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060912_regensburg.html).

Benedicto XVI. (2008a). *La identidad cambiante del individuo, Roma*. [https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/january/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20080128\\_convegno-individuo.html](https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/january/documents/hf_ben-xvi_spe_20080128_convegno-individuo.html).

Benedicto XVI. (2008b). *A la Congregación para la Doctrina de la Fe, Roma*. [http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/january/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20080131\\_dottrina-fede.html](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/january/documents/hf_ben-xvi_spe_20080131_dottrina-fede.html).

Benedicto XVI. (2008c). *Instrucción Dignitas Personae*.  
[http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20081208\\_dignitas-personae\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20081208_dignitas-personae_sp.html).

Benedicto XVI. (2008d). *La identidad cambiante del individuo*. Roma.

Benedicto XVI. (2009). *Carta Encíclica Caritas in veritate*.  
[https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20090629\\_caritas-in-veritate.html](https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html).

Benedicto XVI. (2010). *Jornadas de Italia por la vida*.

Benedicto XVI. (2011). *Discurso ante el parlamento alemán*.